

A las 7 de la mañana empieza la rutina. Él me lame, se posa entre mi pecho y mi cara y me mira sin paciencia, en la casa no la hay, para garantizar que yo entienda qué es hora. Me levanto, se anima, bate su cola, hace sonidos, salta, se sube y se baja de la cama, mientras voy al baño, me pongo ropa, los zapatos y cojo la correa que tiene una caja plástica en forma de hueso con bolsas, se la pongo y salimos.

Las bolsas son de colores, están enrolladas, las marcas que las venden son PopArt perripopis, plásticpoo, popoluche, popitosypapitos... Bueno no, pero casi. Mientras él hace popo, no hay que revistas para entretenerme, solo la lectura de las inscripciones que tienen las bolsas, son dibujos y a veces sellos de la marca, descripciones sobre el material del que están hechas, las buenas prácticas, el cuidado al medio ambiente, ser buen vecino. El perrito termina, tomo una y recojo. Si la bolsa sirve, el perrito está bien, la bolsa se vuelve un mecanismo para reconocer la buena salud del perrito, la bolsa se vuelve lo que me permite reconocermelo como un buen vecino. La bolsa limpia el lugar, la bolsa es al final lo que me permite completar la tarea.

La depósito en la caneca, pensando en volver a la casa. Cada día es igual, dos, tres veces al día. El mundo se acumula de desechos de buenos vecinos, de envoltorios permanentes para materia orgánica. Miles y miles de bolsas, miles y miles de desechos de perritos que están bien. Ayer salí y no eran las 7 sino las 9, el perrito no estaba igual y yo tampoco lo volvería a estar. La bolsa no sirvió, y nunca más las tuve que usar.

Maria Francisca
Sanin Abisambra.

